

Un pueblecito

I

EL PROGRESO

Por *M. MOLINA*

Villa del Deseo es un pueblecito andaluz pequeño, tranquilo, perdido entre las montañas que lo ocultan, celosas, a la contemplación curiosa. Arrullado por su río, de transparentes aguas, arropado por sus cumbres, de áridas moles, besado por su sol, suave y acariciador en invierno, cegador y apasionado en verano, Villa del Deseo deja transcurrir sus días con la serenidad y dulce inconsciencia de un niño, ocupado solo en su quehacer cotidiano, que por virtud de su tierra espléndida, liberal, es pagado con prodigalidad en abundantes frutos.

Pero lo más característico de Villa del Deseo no es el milagro de su rústica belleza, ni la asombrosa fertilidad de su valle, ni la nitidez y bondad de su rumoroso río, ni tan siquiera el hallazgo de su blancura purísima que, en pleno estío, nos impide, como el sol, mirarle abiertamente; es su vida feliz, sin complicaciones ni problemas. Villa del Deseo es un pueblo que tiene cuanto quiere porque se conforma con lo que tiene, a semejanza de los gitanos cervantinos.

Le basta con verse reflejado en el espejo de sus claras aguas, como mocita coqueta; oler el perfume violento de un día de primavera, recibir la caricia del viento, estremecerse al calor del sol; sentirse vivir, en suma, con exuberante vitalidad, para estar satisfecho. ¡Sentirse vivir! He ahí algo tan sin importancia aparentemente y, sin embargo, tan serio en el fondo. Percibir el pulso de la vida en cada instante, tener conciencia de ser uno mismo,

no una máquina que escribe, horada, martillea o que, con harta frecuencia, destruye...

Pero toda esta vida idílica que durante años, tal vez siglos, ha formado el carácter de sus habitantes, de repente se ha visto agitada, como la tersa superficie de un remanso al arrojar un peñasco, por una especie de sarampión: el progreso.

A sus hombres les ha entrado la comezón de ponerse al día, de hacer algo grande. Pero el progreso les ha cogido desprevenidos, no saben, ciertamente, en que consiste. A alguien que en su juventud había leído algún periódico, se le ocurrió la peregrina idea de construir un rascacielos, a estilo neoyorkino, sin pensar que todos los vecinos eran insuficientes para habitarlo. De todos los proyectos, por este estilo en su mayoría, llevados en comisión a la capital, tras demostrar la existencia del ignorado pueblo, solo uno consiguieron: la instalación de teléfonos.

¡Ah! El pícaro progreso fué el culpable, aquel año, de la pérdida casi total de la cosecha. Los villadeseanos, boquiabiertos, admirados, abandonaron todas sus labores, todos sus trabajos, solo para contemplar como los obreros instalaban los hilos, que llevarían la civilización al pueblo, encaramados en los postes como cigarras.

¿Y el día de la inauguración? ¡Fué memorable! Todos los villadeseanos, vestidos con sus prendas de gala, las más apolilladas y oliendo a alcanfor, salieron a la placita para recibir a la delegación enviada por el Delegado de

la Autoridad: un anémico burócrata con aspecto de pertenecer a la ínfima categoría del escalafón. Pero, eso sí, su discurso fué tremendo; su voz, que apenas le salía del cuerpo al principio, se hizo vibrante, potente, tal vez ante la contemplación de un pueblo ansioso de progresar o tal vez, también, cuando sus ojos prósbitas descubrieron la mesa repleta de manjares, toscos y sanos, con la que habría de dar fin el acto. Sus palabras finales fueron: Villadeseanos: ya no estais solos, aislados entre montañas, perdidos en la geografía; esos hilos endebles que contemplais os unen con el resto del mundo, con el resto de los hombres; os hacen miembros de la gran familia ecuménica.

Aquella noche los villadeseanos soñaron que de sus oídos salían unos hilitos largos, delgados, que les emparentaban con la gran familia ecuménica..., que eran unos señores opulentos e importantes de la capital.

Vino la calma. Los dos teléfonos instalados en el pueblo enmohecieron por falta de uso. Una tormenta derribó unos postes y cortó los hilos sin que nadie se preocupara de ello. Las ondas provocadas por la caída de la piedra del progreso desaparecieron, poco a poco, en el remanso de Villa del Deseo.